

Los mensajes cifrados del 68

Enrique Semo

De vez en cuando la sociedad moderna se ha visto estremecida por convulsiones internacionales que en todo el mundo cuestionan su razón de ser, su pasado y su futuro. 1848... La primavera de los pueblos de Europa. 1910-1919 la ola de revoluciones en los países periféricos: 1910 México, 1911 China, 1917 Rusia, 1918 Hungría y Alemania, 1919 Turquía... Y luego la gran ola de movimientos de 1967-1969 da la vuelta al mundo portando un inmenso signo de interrogación.

Preocupados por establecer las raíces nacionales de un movimiento que en su tiempo fue acusado de ser obra de la CIA o del Comunismo, olvidamos frecuentemente la dimensión internacional de los sucesos de 1968 en México. Y, sin embargo, algunos de sus significados sólo se vuelven inteligibles si los consideramos en su más amplio contexto. Lo de 1968 fue una revolución mundial. No sólo hubo el "Mayo francés", la "Primavera de Praga" y el "Julio mexicano". Las acciones comenzaron en Berlín Occidental, en junio de 1967, cuando el asesinato del estudiante Benno Ohnesorg por la policía provocó una ola de manifestaciones que se propagaron rápidamente a toda la República Federal de Alemania. En octubre del mismo año, protestando por la guerra de Vietnam y exigiendo la ampliación de los derechos civiles, cien mil estudiantes estadounidenses llegaron a las escalinatas del Pentágono, y en esos mismos días se iniciaron las grandes huelgas en las universidades italianas que duraron más de cinco meses. Luego, el movimiento prendió en todo el mundo, desde

Varsovia hasta Tokio, y de Pekín a Londres. Cuando los estudiantes mexicanos se lanzaron a la calle, la revolución cumplía ya un año de edad.

Alimentados por la labor aún insuficientemente censurada de los medios de difusión masiva, ejemplos, patrones de conducta, valores y esperanzas dieron la vuelta al mundo. Los estudiantes mexicanos se movieron inspirados no sólo por las realidades de nuestro país sino también por las de otras latitudes. En su tiempo, Revueltas, Fuentes, Paz y muchos otros comprendieron el carácter universal del fenómeno. Si bien en México, como en todos los demás países, la ola rebelde tomó formas diferentes y planteó demandas propias, el ambiente en que se movía era universal y algunas de sus propias aportaciones y aspiraciones dieron la vuelta al mundo. Los estudiantes mexicanos fueron inspirados e inspiradores del movimiento mundial.

En todos lados hubo deseos de paz, antiimperialismo y reforma universitaria. Pero sin duda el impulso más profundo, y quizá el más generalizado, fue el afán de democracia y de participación; la afirmación de la soberanía individual y popular frente al Estado; el rechazo a las autoridades establecidas. "Prohibido prohibir", decía el lema parisino; "Nosotros somos la gente contra la cual nuestros padres nos previnieron", afirmaba un estudiante estadounidense. Y la estudiante italiana Elsa Gili escribía: "teníamos la idea de que la revolución social tenía que comenzar con la vida cotidiana. Debíamos comenzar con los pequeños e inaguantables aspectos, como llevar una corbata o maquillaje; con hacer nuestras relaciones diferentes de las existentes ahora. Había que comenzar por tomar de nuevo las cosas en nuestras manos, apropiarnos de lo que nos había sido expropiado".

Las demandas oficiales del movimiento mexicano de 1968 pertenecen, todas, al campo de los derechos ciudadanos: libertad de los presos políticos; extinción del cuerpo represivo de los granaderos; eliminación del delito de disolución social, utilizado para reprimir toda oposición política; indemnización a las víctimas de la represión, y deslinde de responsabilidades en los excesos en el uso de la fuerza represiva. Sin embargo, ellos son sólo un pálido reflejo de la profundidad y diversidad de los impulsos antiautoritarios presentes en el movimiento. Fueron más bien un testimonio lacónico de la inmensa riqueza del movimiento: Igualdad de géneros, cuestionamiento de la familia patriarcal, de la autoridad de profesores y políticos; explosión de un arte crítico y afín al espíritu de la juventud rebelde del mundo. Dimensiones que hasta hoy son poco conocidos del más grande de nuestros movimientos estudiantiles.

Para descubrirlos, es necesario hurgar en todas las manifestaciones culturales y políticas que lo acompañaron y sucedieron. En la alegría desbordante por el "principio de la autoridad" vulnerado ("¡No que no, sí que sí, ya volvimos a salir!"); la oposición violenta a los arreglos palaciegos ("¡Que la negociación con el gobierno sea pública y abierta a la prensa y a la televisión!"); las interminables discusiones sobre procedimiento en las asambleas universitarias, verdaderas escuelas de democracia; la autogestión académica propugnada por el Comité de Filosofía y Letras y Revueltas; los cogobiernos erigidos por mis compañeros de las escuelas de Economía, Ciencias y Arquitectura que más tarde prendieron en otras Universidades. Están, por fin, en la rebelión contra los padres y la elaboración de un discurso juvenil propio e irreverente, enfrentado a los tabúes establecidos; en el "arte

en las calles", y en el entusiasmo de los admiradores de los Beatles, de Bob Dylan, el bardo de la rebelión juvenil, y de los Rolling Stones. Ese afán de autoexpresión, de participación, de respeto a los derechos individuales, de rechazo a las autoridades establecidas, estuvo presente también en París y en Berlín, en Estados Unidos y en Italia, en Polonia y en Checoslovaquia. ¿Revolución derrotada? En ningún lugar consiguió (ni lo pretendía) el poder político. Pero el mundo no fue, después, el mismo.